

## PREMIOS NACIONALES

### PREMIOS NACIONALES Y JUEGOS FLORALES

ENRIQUE ECHANDI, 1965

Nos hemos reunido esta noche en disposición de rendir honor y reconocimiento a quienes se han hecho acreedores a los PREMIOS NACIONALES 1965 y a los ganadores en los "Juegos Florales Enrique A. Echandi 1966".

Parece oportuno que al hacerse entrega de los Premios tengamos presente un pensamiento en torno de la razón de estos estímulos para quienes han realizado una obra de valor, sea como obra total de una vida en condición de escritor, sea en la divulgación, por medio del Periodismo, de las obras literarias, científicas y culturales de nuestra Nación; sea por haber descollado en el Ensayo o el Cuento, en la Historia o en la Poesía o en el cultivo de la Música o la Pintura. El Estado costarricense, a través de estos Premios Nacionales y Juegos Florales, trata de proteger y estimular la actividad artística, investigadora, cultural, a manera de un Mecenaz que cree en el valor libre, creador, de los seres humanos.

Es, en verdad, el hombre un ser creador de cultura, porque al nacer "carece de especialización", no sólo en el campo del conocimiento, sino también de la conducta. El hombre debe actuar, tiene que actuar, por lo que debe tomar muchas decisiones en el ancho campo de la vida para llegar a ser más perfecto en esa obra en que se emplea y compromete todo lo que uno es. Aparece, por tanto, el hombre, como un ser creador —de su saber, de su conocer, de su conducta, de su vida como responsabilidad y es creador porque es libre: libre de pautas que lo determinen y libre para autodeterminarse creativamente.

Afronta, pues, el ser humano como obligación primordial de su vida, una tarea abierta, que debe cumplir: la naturaleza no lo ha determinado de una manera definitiva, sino que lo ha puesto en el mundo "a medio hacer". Por lo tanto no solo cabe pensar que el hombre *pueda ser* creador, sino que debe ser creador, porque debe completarse y terminar de crearse a sí mismo. Como bien ha sido expresado, el hecho de que los animales reciban la plenitud de su ser significa que todo ejemplar de una especie animal se parece a los demás (tanto más semejante cuanto más baja es la especie). Pero en contraste, lo expresado sobre la naturaleza creadora del hombre significa que cada ser humano no puede, aunque quiera, limitarse a ser mero representante de su especie, salvo en el sentido un poco paradójico de que representar a la especie humana consiste en salirse de ella, porque cada uno debe completarse con algo propio, original, nuevo. Por ello el hombre es persona: por irreiterable, por individual, porque cada "ejemplar" de la especie humana "debe" ser un individuo exclusivo, una personalidad, en virtud del mandato de su propio ser. Como se expresa a veces, "todo el hombre es precisamente sólo el hombre concreto temporal".

En época de fuerte presión social que pretende nivelar y juzgar a todos por un igual, con olvido de características que constituyen la persona, importa tener presente que la ética no debe mirar sólo hacia los deberes para con el prójimo, aunque ello es muy importante, ya que lo que algunos consideran el "deber público" no es la única perspectiva desde la que puede fundamentarse una vida buena. Debe tomarse

en cuenta el perfeccionamiento personal, en su perspectiva de interioridad, de desarrollo libre, de compromiso interior, de expresión propia. Y el ser humano debe poseer oportunidad, campo amplio, para moverse con su mundo de sentimientos, pensamientos, impulsos creadores... Es incorrecto, por tanto, que una concepción desmesurada de nuestras obligaciones sociales o políticas domine o pretenda destruir lo que con hermosa frase ha sido llamado "la excelencia individual". Es por ello que la sociedad debe dejar amplitud a cada cual para poder seguir sus convicciones y su impulso creador, salvo cuando pudiesen existir muy fundamentadas razones para actuar en otro sentido. Hay quienes consideran que hace falta mucha justicia en el mundo y se preocupan porque tal desideratum sea realidad. Y es plausible tal modo de pensar y de actuar. Puede afirmarse a ese respecto que, a pesar de las lamentaciones de muchas personas, es mucho lo que se ha logrado, en el campo de la justicia, en cuanto que cada vez hay mayor conciencia, por ejemplo, de que no es menester recurrir a la desgracia ajena para lograr el bien propio y es obvio que, a pesar de muchos asuntos críticos que hoy preocupan, se reconocen, sin embargo, las demandas de justicia como nunca se había hecho. Pero ha de expresarse, con todo y ello, que la sola justicia no es todo. Porque las alegrías diarias, el cumplimiento estimulante del deber de cada día, el olvido temporal de las preocupaciones, un poco de riesgo, un poco de aventura, oportunidad para crear... vienen a significar aspectos o dimensiones de la vida tan importantes como la misma justicia, ya que dan a los hombres una vida que vale la pena vivir. Hay el horroroso peligro de la monotonía. Y la falta de hondas satisfacciones personales: de un poco de orgullo personal, de "orgullo bueno" —como lo denomina un autor— como el que legítimamente puede sentir un artista, un descubridor, quien ha plasmado trozos de espíritu en cultura. Es con respecto a esas facetas personales que juzgo valioso y satisfactorio el acto de esta noche. Si queremos de verdad un grado adecuado de bienestar humano, hemos de procurar, de fomentar, la libertad de iniciativa en todo aquello que no perjudique, sino que constituya estímulo para aquellas formas de cultura que enriquecen la vida del hombre. Habrá un mundo mejor si los seres humanos se sienten impulsados al atrevimiento, a la aventura, al valor, a la creación, como manifestaciones, como expresiones, del multiforme genio humano. Los hoy homenajeados nos han dado parte importante de sus propias vidas en las obras que, examinadas por los jurados que tuvieron a su cargo misión tan delicada, han merecido el reconocimiento. Correspondamos nosotros a lo que ya ellos han hecho recreando, a través de la lectura y de la contemplación, los bienes que nos han dejado. *Expreso a aquél que terminó su curso terrestre por el ministerio de la muerte, Carlos Luis Fallas, un recuerdo lleno de aprecio y un sobrecogimiento interior por la meditación de la muerte que ya a él llegó y que a todos nos plantea el problema de tomar postura ante la misma.* Y a los otros que han merecido el reconocimiento por sus obras, el deseo de que su capacidad creadora, su iniciativa, pueda encontrar, cada vez en forma mejor, incitamentos constantes para la intuición artística, para el pensamiento libre, para la vida egregia regida por instancias superiores, ya que todo ello se fundamenta en su persona, que por su carácter espiritual tiene su destino y su fin absolutamente irreiterables y no debe subordinarse a nada, porque debe aspirar a una perfección que sólo a ella corresponde.

Termino expresando en nombre de la Dirección General de Artes y Letras y el mío, efusiva congratulación a quienes han sido distinguidos con los Premios Nacionales 1965 y en los Juegos Florales Enrique A. Echandi, 1966.

ENTREGA DE LOS PREMIOS NACIONALES DEL AÑO 1966.

19 DE DICIEMBRE DE 1967.

Solemne ocasión constituye la entrega de los Premios Nacionales, porque con ellos se honra a quienes han sido considerados merecedores de reconocimiento por su

labor en las letras, en las artes y en el periodismo. Ha de aprovecharse, por ello, la oportunidad para expresar con la más honda convicción, el gran beneficio que al país han hecho quienes esta noche son galardonados por sus obras, sea como labor total de una vida, o en los campos de la novela, el ensayo, la poesía, la historia, la pintura, la escultura o la divulgación y crítica a través de la prensa.

El Estado costarricense premia a quienes han sabido dedicarse —y “toda dedicación, si es verdadera, es dedicar la vida”— a la creación, al trabajo en su particular campo de actividades. Como “la vida no nos es dada hecha, sino que, queramos o no, tenemos que ir la decidiendo nosotros instante tras instante”, importa mucho exaltar a los creadores en las letras y en las artes, por lo que ellos valen, —en razón de lo que han sabido hacer con su vida— por sus obras, por su ejemplo.

Expresaba un autor que “con notoria frecuencia el verdadero científico ha sido, hasta ahora, al menos como hombre, un monstruo, un maniático cuando no un demente”, y que “lo valioso, lo maravilloso es lo que ese hombre segrega: la perla, no la ostra perlera”. Criterio semejante ha sido aplicado, en ocasiones, a la creación artística, lo que lleva a interesarse por la obra y no por su autor. Tal criterio, así lo pienso, atenta inhumanamente contra el arte y contra el artista y desfigura, como consecuencia, la verdadera fisonomía del ser humano y de su capacidad creadora. Es por ello que, en la perspectiva del mayor respeto a la persona, los Premios Nacionales tienen como objetivo principal honrar a las personas, en la inteligencia de que el espíritu humano es variado y de que las personas son únicas, irreiterables.

Con mucho sentido se afirma que “La virtud del niño es el deseo, y su papel soñar. Pero la virtud del hombre es querer, y su papel hacer, realizar”. Y siempre se ha sabido que la realización en el arte, en la creación, salva, ilumina, enriquece a los demás, merced a los esfuerzos, dolores y a veces tormentos de los creadores. Por ello a través de los Premios Nacionales confesamos públicamente el mérito de los laureados y hacemos encomio de la perfección que han alcanzado y del beneficio que nos han dado.

En una época en que parece que las rebeldías y sublevaciones forman parte de las obligaciones morales de todos los hombres, vale manifestar que “La única verdadera rebelión es la creación, la rebelión contra la nada, el antinihilismo”, porque solo así puede cada ser humano perfeccionarse, usar bien su libertad, comprometerse sin destruir. Por ello hoy se satisface parte de una deuda, porque el reconocimiento que hacemos se expresa en virtud de que los ganadores de los premios han sabido dar belleza a la realidad y significado a la vida. Y su ejemplo ha de ser fecundo, porque hay muchos brotes que sentirán el estímulo como propio y darán luego su fruto. Muchos, de este modo, se apartarán de la vulgaridad, sobrepasarán sus miserias y serán rebeldes en la creación, con lo que los Premios Nacionales llenarán además una fina función pedagógica. Porque hay en cada ser mucho de genio escondido, que rara vez la vida lo educa y lo eleva; más bien la mala educación y la necesidad lo rebajan o lo suprimen. De allí la procedencia de estimular lo que de propio, de reflexivo y de creador hay en el hombre.

Se afirma que todo creador junto a la plenitud que puede experimentar en algunas ocasiones, tiene mucho de infeliz, porque “Hasta los aprendices de psicología saben que el refinamiento de la sensibilidad y la altura del pensamiento traen consigo un constante y agudo sufrimiento”. Surge tal situación de que los escritores y artistas crean, ciertamente, mucho más que el resto de los mortales, pero son capaces de ver y de pensar mucho más de lo que pueden crear. De allí surge la humildad del rico de espíritu en perfecta tristeza de esfuerzo, ya que en ocasiones ni el tiempo, ni el lenguaje ni otros medios de expresión le permiten plasmar su mensaje, expresarse. Así puede comprenderse la paradoja de que en ocasiones los creadores se sientan impotentes en gracia de su mayor potencia. Juzga un escritor que esta es una de las causas de

desdicha de los artistas, lo que aduzco en este momento para que conste el fundamento de que la humanidad sea mayormente digna de respeto por estas personas principales que saben destacarse en virtud de su esfuerzo, de sus luchas, de su fidelidad a una vocación creadora o reflexiva. Porque "Como escribió Carducci, el arte —cuando es tal— no es oficio de holgazanes y la poesía no es la mujer mimosa, que vive solamente de recuerdos y nostalgias, tal como se ilusiona cierta estética enfermiza; el arte según aquel gran poeta —que entendía bastante más que los teóricos abstractos— es sobre todo urgencia ideal y embestidura pasional, apostolado civil y misión humana; y el poeta es el artesano de los músculos de acero que forja obras útiles para sí y para los otros y no bagatelas para expansión de ociosos. El arte eterno y universal, es substancia de pensamiento y reflejo de vida, expresión del hombre e impresión hacia el hombre, obra que habla a la concreta y práctica criatura humana".

Representa un alto honor para el Ministro de Educación expresar su congratulación, en nombre del Gobierno, de la Dirección de Artes y Letras y de su Consejo Consultivo y en nombre propio, a Carlos Luis Sáenz, Carmen Naranjo, Teodoro Olarte, Víctor Arroyo, Alfonso Chase, Carlos Meléndez, Rafael Angel García, Hernán González y Manuel Formoso porque han sido escogidos para otorgárseles los Premios Magón, Aquileo J. Echeverría y Joaquín García Monge. Y así como hace un año manifesté: "Expreso a aquél que terminó su curso terrestre por el ministerio de la muerte, Carlos Luis Fallas, un recuerdo lleno de aprecio y un sobrecogimiento interior por la meditación de la muerte que ya a él llegó y que a todos nos plantea el problema de tomar postura ante la misma", en esta oportunidad hago memoria de un galardonado en poesía con el premio Aquileo J. Echeverría que ha emprendido la partida: Jorge Debravo. Vaya para él este homenaje póstumo.

He incluido en este mensaje de salutación algunas expresiones citadas *in extenso* de la Plegaria de Papini, que deseo referir a la obra creadora de quienes hoy reciben los premios en virtud de su fecundo esfuerzo:

"Todos nosotros que leemos libros serios, pronunciamos conferencias serias y escribimos seriamente, y compulsamos estadísticas, e indagamos los fenómenos económicos, sociales, políticos, y examinamos las teorías, las ideas, las propuestas —siempre, tengámoslo presente, por el bien de los demás—; todos nosotros, en definitiva, que no pensamos únicamente en llenar el vientre y la cartera, ¿Qué esperamos? Esperamos que las cosas vayan mejor, que nuestro país progrese, que los hombres —pocos o muchos— mejoren. ¿Cómo entendemos nosotros este mejoramiento de los hombres? Ante todo como mejoramiento material. Que los hombres estén más sanos, que no deban matarse o embrutecerse en el trabajo, que no les falte lo necesario y que dispongan de aquellas cosas superfluas que nosotros mismos poseemos o queremos poseer. ¿Y después? Mejoramiento moral también e intelectual. Deseamos que los hombres —todos— sepan leer y escribir, y que lean buenos libros, y que se abstengan de escribir malas obras, y que aprendan a razonar correctamente, a ver claro en las cuestiones, a no dejarse embrollar con palabras, con sofismas, con ilusiones. Pero yo pregunto de nuevo: ¿Y después?

¿Esos hombres que tienen qué comer, y que pueden reposar, y que saben razonar, deben detenerse aquí? ¿No deben vivir mejor, de forma más racional, más semejante a lo que deseamos para nosotros mismos y que ya en parte inventamos realizar nosotros, que somos hasta cierto punto los privilegiados del espíritu?

Desde luego: ¡Deben vivir de modo muy distinto! Cuanto hemos deseado hasta ahora para ellos se limitaba en el fondo a su porte externo. Razonar bien, ser informado de las diversas cuestiones, no dejarse engañar significa esto: que en un país donde la mayoría de los hombres gozasen de estas ventajas irían las cosas infinitamente mejor de lo que van ahora. Es decir, mejor en lo que respecta a la vida colectiva del país: el gobierno, los servicios públicos, las escuelas, la vida eco-

nómica. Y en un país donde las cosas van bien, los ciudadanos tienen menos molestias, menos preocupaciones, menos contrastes. Hay más serenidad, más reposo, mayor ahorro de fuerzas: menos dolores, desilusiones y amarguras. Por tanto los hombres aparecen más serenos, más felices, más libres. No solamente libres en el sentido político revolucionario —muchos no sabrían qué hacer con esta libertad, y aún resulta dudoso si se puede tener por un bien—, sino libres en el sentido de disfrutar o poder disfrutar con la conciencia tranquila de *loisir*. No puedo creer que todos estos esfuerzos por una vida mejor, práctica y externa, tengan por único objetivo este práctico y externo mejoramiento y nada más. No puedo creer que cuando la vida política fuera más pura y la vida económica más justa ya no se podría aspirar a nada más. El ideal del ciudadano que come y bebe, que cumple con su deber, que es gobernado por hombres de bien y sabe leer y escribir, es, sin ironía, un ideal discreto, pero no un ideal *terminus* . . .

¡Recordemos sin temor que este hombre tiene un alma, que todo hombre tiene un alma! . . .

Cuanto hacemos para procurar que los hombres vivan contentos y tranquilos lo hacemos para que las almas disfruten al fin de la libertad de vivir, de vivir por su cuenta y no solamente para ayudar . . . al cuerpo a desembarazarse de pesadas cargas.

Y he aquí finalmente la poesía. . . La poesía es absolutamente *necesaria* al alma humana; es necesaria a todos, a todas las almas. Es, os lo aseguro yo, un bien de primera necesidad . . . debería haber, para todos, momentos de tregua y de reposo, en los que la realidad no debería ser sencillamente un campo que ha de fructificar, sino una belleza multiforme que se ha de descubrir . . . Deseo solamente un poco de poesía cada día, mi poesía cotidiana, necesaria al espíritu como el pan es necesario al cuerpo”.

Termino recordando que si ya Cicerón con mucha sabiduría expresaba: honos alit artes, (el honor alimenta a las artes), los costarricenses anhelamos que el merecido reconocimiento de esta noche se trueque en estímulo, en enriquecimiento de la libre iniciativa a fin de que, en la medida de lo posible, las personas hoy galardonadas brinden al país el fruto sazonado de sus futuros esfuerzos.

## LA SANTA PERSONALIDAD DEL HOMBRE, 1968

Séame permitido en primer lugar, en ocasión tan principal en que se hace entrega de los Premios Nacionales 1967, de los correspondientes a los Juegos Florales 1968, que llevan el nombre de "Alejandro Monestel", y en que se adjudican pergaminos al mejor Director de Teatro, a la mejor Actriz y al mejor Actor del año 1968, pronunciar con reverencia los nombres de los galardonados, a quienes expreso en nombre del Ministerio de Educación, Dirección de Artes y Letras, de su Consejo Consultivo, y en el propio, efusiva felicitación por la realización que ha logrado cada uno en el campo del arte y de las letras y que le ha merecido el justo y sincero reconocimiento que cristaliza esta noche en la entrega de premios y pergaminos:

José Marín Cañas  
Fabián Dobles  
José León Sánchez  
Abelardo Bonilla  
Mario Picado  
Ricardo Blanco  
Julio Mata  
Margarita Bertheau  
Néstor Zeledón  
Claudio Carazo  
Sonia Romero  
Daniel Gallegos  
Ana Poltronieri  
José Trejos.

Bien decía un escritor que "Autor viene de "auctor", el que aumenta. Los latinos llamaban así al general que ganaba para la patria un nuevo territorio". Los nombres que me he honrado en pronunciar y que han sido de autores, han contribuido al acrecentamiento del patrimonio cultural y artístico de la Nación. Respetables y beneméritos son por ello y de plácemes estamos en consecuencia al ofrecerles el homenaje de hoy.

El eterno "hoy" del hombre adquiere particulares relieves cuando se tiene la hermosa oportunidad de compartir unos instantes con quienes han sobresalido por su deseo de expresar, de comunicar, de convertir en letra, en sonido, en escultura, en trazo pictórico... los afanes de su ser. Nada, en efecto, tiene mayor importancia que el interés por el hombre que somos cada uno. De allí que haya creído oportuno traer a colación, como sencilla recreación, unas palabras en torno de las consecuencias que para el hombre particularmente considerado y en relación con los demás, ha producido el fenómeno así denominado y ampliamente conocido de su relativamente repentina "universalización". Es el caso, dice un autor, de que disminuye el temor a la muerte, de que asistimos al ocaso del amor como pasión y al cambio, en la vida social, del mando como disfrute de un instintito, por el mando como instrumento colectivo del cumplimiento del deber. Como ocurre siempre, creemos que nuestra época es de la mayor importancia y de allí que lo que tenga que ver con ella adquiera matices trascendentes. Por ello veré de seguida la manera en que podrían considerarse los efectos de los puntos citados. Porque si importante es el hecho de ser ciudadanos del mundo, debe evitarse convertir a la humanidad en una masa homogénea. Por ello hay lo valioso, junto con los peligros de la "universalización" del hombre.

La presencia de la muerte ha venido siendo, en nuestra conciencia, un determinante fundamental de la conducta, debido a que supone, para todos en mayor o menor grado, un misterio infranqueable. Para el creyente, en particular, abre su muerte la etapa de su destino eterno. De allí que el "miedo a morir" ha significado el freno

más eficaz ante las pretensiones del infrahombre que llevamos escondido en los repliegues del ser y cuyo dominio es necesario para hacer posible la vida en común, por ende, es indispensable para la civilización. Y bien podría asentarse la opinión de que el hombre actual, cualquier ser humano de nuestro tiempo, depende menos que el hombre de otras épocas de la meditación y visión de la muerte, para proceder moralmente bien. Ello por cuanto se ha ido creando un ambiente moral que ha eliminado en la mayoría de los hombres la posibilidad de cometer desafueros que antaño fueron la actitud cotidiana. Ello si se piensa, no en los momentos de guerra y revolución que rompen la forma usual del humano comportamiento y que reciben, por lo demás, el repudio del mundo, sino considerando, en forma pertinente, que la valoración moral debe hacerse sobre los tiempos de paz. Esto es así porque la universalización del hombre lo ha hecho, a este respecto, mejor. Bien ha sido expresado que "Nada abre el corazón y lo ablanda como la gran comunidad... Los psiquiatras saben que en el hombre anormal van unidas la tendencia al aislamiento y la dureza del corazón". A quienes duden del punto de vista cabría recordarles que en naciones respetabilísimas, como expresa un escritor, "en los tiempos de nuestros siglos de oro, no se podía andar por las calles de noche, ni de noche ni de día por los caminos, sin peligro de ser saqueados y muertos; se castigaba a los reos, reos a veces de acciones que hoy nos harían arrodillarnos de respeto, con cárceles de increíble rigor; y no con la muerte, sino con la muerte por diabólicos sufrimientos; habría que recordarles que, en ocasiones, la vida de los reyes y aun la de los papas, no se podría hoy concebir en cualquier rufián del arroyo; y que los crímenes y violencias, en relación con la densidad de población de entonces, era cien veces mayor que ahora". ¡Las transcritas, son, indudablemente, razones contundentes! Por ello, el ser humano de nuestro tiempo si quiere ser mejor, no tiene que pensar necesariamente en la muerte. Es por ello que cada vez es más innecesaria la pena de muerte para con los criminales.

En lo que respecta a la vida frugal, mesurada, hoy solo los insensatos desperdician el bien inmenso de la vida que Dios les ha dado. Todo ello se ha hecho porque se tiene un nuevo sentido de la muerte: augusto tránsito, deseado reposo. Tal estilo de sentir las cosas ha influido notoriamente en la psicología del hombre contemporáneo. En esta nueva actitud, papel determinante ha tenido la medicina. Por poner un solo ejemplo, cuenta un escritor que allá por los comienzos del siglo, "La pulmonía era la pesadilla de Madrid. Los forasteros venían a la corte, durante el invierno, despidiéndose de sus familias como quien va a la guerra. Hoy, los pocos rezagados de esta enfermedad... se curan en unas horas". Así añade: "Las demás enfermedades se vencerán también. Y nadie se da cuenta de lo que esta seguridad influye en la mente del hombre actual. La muerte se aleja y se despoja de su mito de miserias físicas, la principal de las cuales era venir antes de tiempo. Sin darnos cuenta, entrevemos que, a no mucho tardar, la mayoría de los certificados de defunción, no llevarán otro diagnóstico que el de 'muerte natural'. Y la muerte natural —termina— se parece mucho más a dormir que a morir".

En cuanto al segundo aspecto, ¿Quién no conoce la evolución de las formas del amor y los problemas respecto de la lucha entre el medio y la natalidad? No se ha terminado con el amor. Pero la pasión de amar casi ha desaparecido. Se dice que la pasión de amar tiene dos manifestaciones formidables: el soñar y el morir. Y vemos como el sueño de amar, estrictamente hablando, prácticamente ha desaparecido de la poesía, ¡y apenas hay ya quien se suicide por amor! Indudablemente que ello podría significar un gran progreso en la maduración del espíritu y en el dominio de los sentimientos. Porque el auténtico amor, que siempre ha existido, no es ese de exacerbación sentimental. Voy con el parecer de quien dijo: "el verdadero amor, no aparece jamás en la sección de sucesos, sino que corre silencioso, fecundo e inmortal, casi siempre sin poetas que lo canten, ni hazañas o crímenes a su cuenta. Tal vez la más alta característica del verdadero amor es, precisamente, el recato".

Hombres y mujeres se comportan con naturalidad en el mundo: esa es la gran revolución en el amor. Ello indica moralidad y una transformación profunda de instintos y sentimientos. Por citar una actitud, bien vale expresar que las jóvenes que dignamente salen solas y vuelven tarde a su casa, no son moralmente inferiores a madres o abuelas que llevaron vida de encierro en el hogar. La libertad les da sentido de responsabilidad. Así llega a manifestar un escritor que "la muchacha de hoy que comparte su vida con el mozo de su edad, en el trabajo, en la amistad y en los preludios del matrimonio, es sexualmente más pura que la muchacha de antaño, rodeada del mito del recato violento, que en el fondo era uno de los más agudos incentivos para el deseo del varón". "... La mujer actual se ha liberado del mito de que la castidad debe ser guardada por la fuerza y no por el decoro voluntario y digno". Porque, en efecto, la joven hoy sigue una línea de conducta libremente aceptada, sin necesidad de la excesiva acción vigilante de sus mayores, y el resultado de ser honesta se fundamenta en una más preciada actitud personal.

Quizá por lo dicho, en la creación actual apenas si existen el verso o la música de la pasión amorosa. Así periclita la actitud romántica de la pasión amorosa y las querellas de amor a nadie parecen interesar...

Con relación al último aspecto, pareciera que el instinto de superación conjuga todos los instintos sociales del hombre. Viene a quedar cristalizado en última instancia en lo que se determina "triumfo social". Ello se presenta, en su más noble forma, en el puro disfrute de superar a los demás sin más objetivo que ser, sin intenciones ulteriores, superior a los demás. Este instinto puede tomar formas animalescas cuando solo intenta imponerse a los demás. Pero adquiere características típicamente humanas cuando plasma en el ansia de ser más, mejor que los otros, por la pura fruición de serlo. Es la búsqueda instintiva de la gloria, aun a costa de esfuerzos, vigilias, bienes materiales, la salud y la vida... Porque hay un afán de perdurar en la memoria de otros, en las obras realizadas...

Una modalidad de ese instinto es el deseo de mandar. Todo hombre tiene, más o menos viva, la voluntad de mandar. Esta es una satisfacción instintiva, que distingue al hombre de la bestia y le da una particular categoría. Hasta los hombres más simples sienten, en cualquier momento y en cualquiera de sus formas, el oculto ímpetu de mandar. Ocorre que la crisis de universalización del hombre ha afectado, también, este instinto humano. Ello en primer lugar por los arraigados deseo y proclama de igualdad entre los hombres. Y el mandar supone desigualdad. Ahora se comprende que si cada ser humano cumpliera estrictamente su deber en cada situación concreta, el mando sería innecesario. Pero como tal cosa no se logra, el mando se ha convertido en un deber, ya no es una fruición. Ahora se trata del deber de imponer su deber a los demás, pero unos y otros igualados por el deber objetivo.

La sustitución del instinto de mandar por el instinto de cumplir con el deber común ha llegado a ser una regla que rige hasta para los dictadores. Ya estos no son hombres que mandan en forma instintiva, sino que quieren o no, tienen que ser instrumentos de ideales colectivos, pese a las apariencias. El dictador, también, cumple mandatos que lo atan en forma indefectible. ¡En consecuencia con lo expuesto, los hombres más civilizados, en forma especial, viven presos del deber como compromiso inexorable y la masa también, aunque a regañadientes! Si rehusa ésta, es menester que surja la violencia. ¡Tan importante ello como fenómeno social, que se habla hasta de la teología de la violencia! Y la tiranía ha de surgir cada vez que tal cosa suceda, como contribución al proceso de sustituir el mando como pasión, que es ausencia de libertad, por el mando como deber colectivo, única forma de libertad social verdadera.

Expresaba un escritor que "Es en verdad sorprendente y misteriosa la compacta solidaridad consigo misma que cada época histórica mantiene en todas sus manifestaciones". ¡Referido ese punto de vista a lo expuesto, inquieta pensar si la universalización del hombre no lo destrozaría en sus más propias, originales manifestaciones! Si la muerte puede ser considerada de otro modo, si asistimos al ocaso de ciertas formas amorosas, si los asuntos tan importantes del mando se transforman, ¿qué irá a ser del ser humano? ¿Cabría repetirse con el poeta ante esa circunstancia, "Verdad, lector amado, que el querer ser feliz casi es locura?"

Es indiscutible, *grosso modo*, el sentido o mejor aún, el anhelo de justicia social del socialismo. Pero, prescindiendo de otras cosas, pareciera exigir el precio tan elevado de la renuncia o limitación de la individualidad. Porque no hay dos sentimientos humanos iguales, como derivación del carácter propio de la persona. Y hay tendencias que mueven a la fusión del hombre en la masa; al embotamiento de la sensibilidad individual, a la extinción, en todos los campos, no solo de cualquier residuo romántico, sino de la misma personalidad romántica. De esta especie de naufragio de la personalidad, apenas si se salvan hoy pocos espíritus, refractarios a fundirse con el poder, incapaces de fusionarse con la masa. Estos espíritus cumplen la misión providencial de salvar, de mantener a salvo, la santa personalidad del hombre.

Termino mis palabras citando la hermosa profecía de Marañón, cuando al preguntarse: "¿Volverá el espíritu romántico a revivir en la humanidad futura?" contestaba: "Yo creo que sí. El espíritu romántico, la razón de la sinrazón, el sentido de la individualidad, es un sentimiento tan profundamente humano que lo probable es que perdure tanto como la vida misma de la especie. Hace unos meses en una universidad extranjera, estuve a punto de llorar de alegría, oyendo decir, nada menos que a su rector, que los "hombres empezamos a estar cansados de tener razón". "¡Cansados de tener razón!" "¡Qué gran verdad! Y cansarse de la razón, es sentir la nostalgia de la sinrazón, del ensueño, de la personalidad, del romanticismo". "Si ahora nos parece que el romanticismo ha muerto es porque los tiempos son de afán y de técnica. Y el afán y la técnica son los enemigos mortales de la individualidad, de la sinrazón, del ensueño, del romanticismo". "Para soñar se necesita mucho *tiempo* y *soledad* y el hombre de hoy ha perdido estos dos tesoros. Pero los recuperará". "Cuando se encuentren las nuevas formas de vida que la humanidad de hoy busca con tanto afán, el hombre recobrará la calma y uno de sus hallazgos será el de la soledad perdida, la soledad necesaria para soñar así".